

Por: Hugo Goldsack

Ha muerto un amigo de Dios

Por casualidad, me enteré de la muerte del poeta Carlos Casassús, asesinado en Santiago. Lo supe por un sentido artículo de Filiberto, quien me recuerda como uno de los antiguos amigos de este hombre que publicó cuatro libros singulares: "Lamentos", de 1978, "Altamar", del 80, "El Romance de las Sirenas" del 83 y "Mi Atlántida" del 85. La noticia me impresionó realmente, porque, al conjuro de su nombre, todos los fantasmas de mi remota juventud se me agigalaron en los balcones del recuerdo, como los de Odiseo cuando descendió a los infiernos: unos, melancólicos y aguafiestas como "Papá de Luto" Jorquera, otros, románticos y elegantemente designados como Julio Moncada, el poeta, a quien llamábamos "El Doncel de Don Enrique el Doliente"; otros, regordetes como Serafín Soto, que no dejaba nunca de sonreír para no entrar en contradicciones con su alado nombre; otros, en fin, nerviosos, atarantados e incurablemente generosos como Nicomedes Guzmán... Con su desencarnación, Casassús reduce aún más el erosionado y melancólico grupo de los que hemos logrado sobrevivir.

Trabajábamos, por entonces, en el Departamento de Extensión Cultural, organismo que dependía del antiguo Ministerio de Trabajo. Yo había llegado allí, recomendado por el Presidente Aguirre Cerda, y el Director, que era, a la sazón, el novelista Tomás Gálvez Martínez, que tenía un notable sentido del humor, me envió a los sindicatos y sociedades muralistas a perorar por unos míseros billetes, pronunciando terribles filípicas contra el vicio en general y el alcohol en particular.

En aquel oasis de fraternidad e inteligencia trabé, por primera vez, amistad con Carlos Casassús. De mediana estatura, el poeta lucía una impresionante cara de Melisóteles operático: Generosa cabellera rizada, frente con profundas entradas laterales, nariz aguileña, labios delgados y apretados a la dentadura, prominente prognatismo y unas espesas cejas, de las cuales la derecha se enarcaba diabólicamente, para servir de marco adecuado a los ojos pequeños y cruzadores.

Todo esto era por fuera. En el fondo, irradiaba bondad, simpatía, entusiasmo. Jamás se le oyó hablar mal de alguien ni decir que no a un peticionario.

Mal", de Charles Baudelaire y me había convertido en su verdadero Juan el Bautista. Le hablaba, con loco entusiasmo, de mi hallazgo a quien me quería escuchar. Una tarde, caminando por Ahumada, cometí la imprudencia de preguntarle:

—¿Te acuerdas, Carlos, de aquel soneto de Baudelaire a los gatos que empieza: "Los amantes fervorosos y los sabios austeros..."?

Apretando aún más los labios contra los dientes, me sonrió una mirada glacial y corrió el diálogo con esta afirmación rotunda:

—Yo no sé más poemas que los míos.

Y no mentía, porque era, en verdad, un maestro en la interpretación de sus propias creaciones. Recuerdo que cuando recitaba su aplaudido poema "Valparaíso", empleando a fondo su voz magnífica y sus inagotables facultades histéricas, que nos hacían recordar las del uruguayo Carlos Sabat. Encastry, vibraban las copas y los vidrios de los ventanales. Pero el apogeo de este actor que erró la profesión lo marcaba la inimitable interpretación de su canto "A la Cueva Chilena". Cuando sus amigos, que sabíamos lo que habría de sobrevenir, retirábamos prudentemente mesas y sillas, a fin de dejarle cancha a su brava inspiración, pronto el local se hacía estrecho para el poeta, en cuya voz cabía, entero, el desbocado universo sonoro de una cueva de punta y taco, y cuyo cuerpo prestaba efígera colaboración a los versos, agitando brazos, punteando con los nudillos y haciendo temblar el suelo con los pies. Poseído por aquel furor pánico, no veía ni oía a nadie. Terminada la interpretación, lo premiábamos con el más estruendoso de los aplausos, pero él, consciente de su genio, se limitaba a sonreír levemente, como la Esfinge, por debajo de sus cejas demoníacas.

Ya por aquel tiempo, las meditaciones místicas constituían parte muy significativa de su tiempo. Posteriormente, aseguró que había entrado en comunicación con Dios y más de una vez nos aseguró que se comunicaba habitualmente con él por teléfono. Un cronista muy talentoso aunque un tanto cruel aprovechó esta circunstancia para hacerle una entrevista verdaderamente inmisericorde. Carlos murió convencido de que era el último

663960

Diario Austral, Temuco, 6-11-1982 p. 2.

Ha muerto un amigo de Dios [artículo] Hugo Goldsack.

Libros y documentos

AUTORÍA

Goldsack, Hugo, 1915-1988

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ha muerto un amigo de Dios [artículo] Hugo Goldsack.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile